

Se presenta libro sobre la creación de la Facultad de Ciencias, ganador de un concurso organizado por la Academia Nacional de Ciencias

El libro *La creación de la Facultad de Ciencias. Un hito de la ciencia uruguaya*, de Adriana Chiancone, resume el largo e intenso proceso que llevó a que la enseñanza de las “ciencias exactas y naturales” tuviera, a partir de 1990, una facultad propia dentro del ámbito de la Universidad de la República

LEO LAGOS

La Facultad de Ciencias se disponía a celebrar su 30º aniversario en 2020. Habiendo nacido formalmente en noviembre de 1990, todos sus planes de festejo y homenajes se hicieron añicos, como los de gran parte de la sociedad, con la llegada del coronavirus. Su decana, la bioquímica Mónica Marín, junto al equipo de trabajo, se trazaron un plan para vencer a la covid-19 al que denominaron “30+1”: si el SARS-CoV-2 nos obligaba a estar encerrados durante 2020, los festejos se harían de forma virtual ese año y de forma presencial al siguiente. Todo parecía indicar que tendrían éxito, pero en noviembre el coronavirus se escapó de control en Uruguay y ya pasó medio 2021 sin actividades presenciales en los centros universitarios.

Como decíamos en una nota anterior, es casi irónico que una de las facultades que más han aportado mediante su ciencia al combate de la pandemia vea cercenado el festejo de sus tres décadas de existencia. Pero si en un lugar tienen claro que las aglomeraciones y altas tasas de movilidad afectan negativamente el panorama, es allí, en el centro universitario que desde Malvín Norte forma y contiene a gran parte de la comunidad científica del país.

Como parte de esos “30+1”, mañana se presentará el libro *La creación de la Facultad de Ciencias. Un hito de la ciencia uruguaya*, obra de Adriana Chiancone que resultara ganadora del Premio Mario Wschebor convocado en 2019 por la Academia Nacional de Ciencias del Uruguay (Anciu). El objetivo del concurso era “promover el estudio de problemas científicos de interés general, y del desarrollo de

la ciencia en Uruguay y su relación con la sociedad” y pedía trabajos que hablaran de fenómenos y procesos que hubieran tenido lugar entre 1945 y 1990. Como hito de la historia de la ciencia local, la creación de lo que originalmente se iba a llamar Facultad de Ciencias Exactas y Naturales sin lugar a dudas era relevante. Si a eso se suma el gran trabajo de la autora para condensar un período tan intenso como germinal, fuentes documentales abundantes y testimonios relevantes, es sencillo entender por qué lo premió el jurado de la Anciu, conformado por el astrónomo Julio Fernández, el matemático Enrique Cabaña y el historiador Gerardo Caetano.

Cinco largos y germinales años

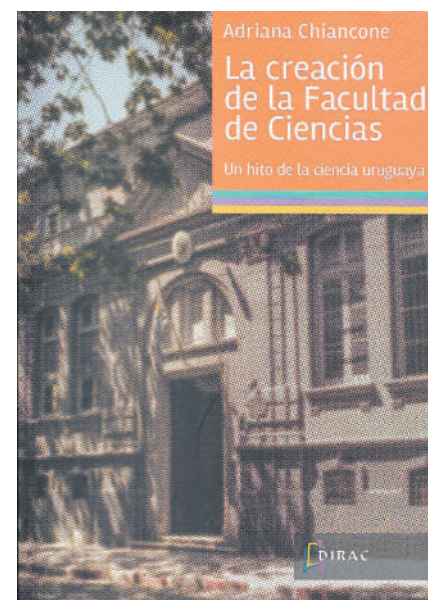
El libro de Chiancone, como dice Ricardo Ehrlich en el prólogo, “permite al lector reconstruir el proceso de creación de la Facultad de Ciencias”. Al leerlo, uno casi pierde el aliento al caer en la cuenta de que ese largo proceso tuvo lugar en apenas cinco años: más allá de antecedentes y alguna mirada hacia el futuro, todo lo que Chiancone reporta ocurrió entre 1986 y 1990. “Se ha llamado ‘período de creación’ a esta etapa del proceso de creación institucional en la que el tema ingresó a la agenda, se definió la naturaleza y las características de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, y se realizaron las acciones que condujeron a su fundación”, señala la autora.

Fue entonces que un país que acababa de retornar a la vida democrática se encontró con una comunidad científica mermada y que evidenciaba los tristes años de ruptura con la comunidad internacional así como con las tradiciones universitarias y académicas. Varios investigadores e investigadoras, muchos de ellos desde el exterior, ya habían comenzado a tender redes y a hacer un diagnóstico aún en la dictadura. Aquel trabajo temprano permitió la implementación del Programa de Desarrollo de las Ciencias Básicas (Pediciba), ya que, justamente, las ciencias básicas de Uruguay estaban, por decirlo de alguna manera, subdesarrolladas.

En 1985 la enseñanza de muchas disciplinas científicas estaba repartida en varias facultades que formaban profesionales –Química, Ingeniería, Veterinaria, por decir algunas– y también en la Facultad de Humanidades y Ciencias (FHC), creada en 1947, donde se hacía más énfasis en la ciencia guiada por la curiosidad y en la investigación no relacionada a una profesión. A fines de la década de 1960 se hizo evidente que la ciencia y su enseñanza precisaban cambios, pero la llegada de la dictadura cortó todo proceso de adecuación a los tiempos que corrían. El mundo, en cambio, no había permanecido inmóvil mientras Uruguay buscaba el retorno a la democracia. Y el mundo de la ciencia, por lo general bastante inquieto, menos aún.

El edificio donde funcionaba la FCH, ubicado en Tristán Narveja y que hoy alberga a la Facultad de Psicología, no daba abasto. Pero más allá de las dificultades locativas, la enseñanza de la ciencia y la promoción de la carrera del investigador estaban aún en peor situación. No en vano el libro de Chiancone cita como primer hito del proceso de la creación de la Facultad de Ciencias la visita del entonces rector de la Universidad de la República (Udelar), Samuel Lichtensztejn, a la FCH en agosto de 1986.

Desde entonces los hechos se sucedieron a un ritmo vertiginoso. Y los hechos son producidos por personas. En el libro se señala el rol protagónico de figuras como el ya mencionado rector Lichtensztejn, el matemático Mario Wschebor, el entonces decano de la FHC, Mario Otero, y el matemático José Luis Massera. “Fueron tiempos de sueños y desafíos compartidos. Esos tiempos singulares, más allá de los vientos que soplen, requieren voluntades firmes y liderazgos claros para transformar la realidad”, reseña Ehrlich. En el libro queda claro el arduo trabajo de comisiones de investigadores y referentes de distintas disciplinas y centros universitarios, de voluntades de llevar adelante una política pública promotora del desarrollo de la actividad científica, y de la dedicación



Libro: *La creación de la Facultad de Ciencias. Un hito de la ciencia uruguaya*

Editorial Dirac (2020)

Autora: Adriana Chiancone

Presentación

El libro *La creación de la Facultad de Ciencias. Un hito de la ciencia uruguaya* se presentará mañana a las 19.00 mediante una conferencia virtual transmitida por el canal de Youtube de la Facultad de Ciencias y de la Anciu.

En la oportunidad disertarán la actual decana de la Facultad de Ciencias, Mónica Marín; el astrónomo y exdecano Julio Fernández, quien como miembro de la Anciu fue jurado del concurso que ganó el libro; la autora, Adriana Chiancone; el historiador Gerardo Caetano, miembro de la Anciu y también jurado del concurso; el matemático Ernesto Mordecki, en su calidad de profesor y exestudiante de la facultad, además de ser una de las voces del libro; Mariana Meerhoff, docente del CURE y exestudiante de la Facultad de Ciencias; Ricardo Ehrlich, exdecano de la facultad y protagonista de su creación; y Rafael Radi, actual presidente de la Anciu. ▀

puesta en el asunto por estas grandes figuras así como por varias decenas de personas que sería imposible mencionar en un libro de tal extensión.

Tras una etapa de preparación interna, con memorándums, propuestas, exposiciones de motivos, creación de comisiones, jornadas universitarias, informes y sesiones del Consejo Directivo Central (CDC) de la Udelar, el 20 de febrero de 1989 comenzó la etapa que Chiancone llama de “formalización e institucionalización”, con el tratamiento en el CDC de la propuesta de creación de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, que se abreviaría FCEN. Ya en marzo de ese año la propuesta fue aprobada por el CDC, y tras un año ajetreado, en 1990 se incluyó la formación de la FCEN en el presupuesto universitario –nació junto con la Facultad de Ciencias Sociales–.

El 20 de noviembre de 1990 se nombró a las autoridades interinas de la FCEN: el decano sería Mario Wschebor y para el Consejo de la facultad se designó a los docentes Ricardo Ehrlich, Rodolfo Gambini, Roberto Markarian, Gerardo Verosilavsky y Luis de León. El 18 de diciembre el CDC aprobó finalmente el nombre con el que la conocemos hoy en día, Facultad de Ciencias. En 1991 el gobierno de Luis Lacalle (padre) firmó el acuerdo con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para la construcción del edificio donde la nueva facultad se instalaría.

30+1+5

Esta nota no pretende resumir en apenas dos páginas todo lo que pasó en aquellos años, menos aún cuando uno considera que lo realizado por Chiancone de hacerlo en poco más de 100 ya es una proeza. Hay tensiones y discusiones. Luchas y resistencias de distintas facultades ya existentes ante la aparición de un nuevo actor. Reflexiones maravillosas. Párrafos breves que nos permiten asomarnos al maremoto que permitió que hoy el país tenga una Facultad de Ciencias a la que se le ha hecho costumbre, además de hacer ciencia de calidad, llenarnos de orgullo.

Mirar el pasado y entender cómo llegamos al presente siempre es productivo. De hecho, es casi imposible no hacerlo sin pensar en lo que se viene. La Facultad de Ciencias cumple 30+1 años. Ya tiene una linda biografía. Ahora necesita que pensemos en nuestra ciencia, en las y los jóvenes que la hacen, y que parte de aquel entusiasmo y voluntad a prueba de escollos nos permita volver a soñar en grande. ■

Con Adriana Chiancone, autora de *La creación de la Facultad de Ciencias*

Al leer el libro queda claro que este proceso implicó el trabajo de mucha gente durante mucho tiempo

Es un largo proceso en el que primero el tema tiene que ser percibido como un problema en la sociedad. Luego, un grupo de actores tiene que llevar adelante esa propuesta, tiene que definir estrategias, como por ejemplo convencer a grupos políticos, tiene que lograr financiamiento y un largo etcétera. Cuando todo ese conjunto de pasos se fue dando, empezó propiamente la creación de la institución: no fue una definición de un día para otro. Lo que traté de mostrar es cómo se estaba dando ese proceso, no exento de disputas, entre los distintos actores y sus distintas posiciones. Intenté documentar también, valiéndome del riquísimo acervo de los archivos de la Universidad, ese trabajo de mucho tiempo y de muchísimas horas de discusión entre todos los investigadores que participaron en las distintas comisiones. Fue un trabajo muy extenso, sostenido en el tiempo y de muchísimo compromiso, con figuras muy importantes, como Mario Wschebor, Mario Otero, el rector de ese momento, Samuel Lichtensztejn, José Luis Massera.

Otra figura importante en esta gestación es el Pedeciba.

El antecedente del Pedeciba es crucial para la creación de la Facultad de Ciencias. Es una institución muy exitosa y que tuvo el mérito o la suerte de haber sido creada en el contexto de fines de dictadura. Ya en 1983 empezaron las reuniones para su creación. Esa salida de la dictadura, en la que lo importante era llegar a consensos hacia un objetivo común, a veces matizó o disminuyó los disensos. El Pedeciba, que empezó a funcionar en 1986, fue un ejemplo y un antecedente muy importante para la Facultad de Ciencias. De hecho, en otras áreas, como las ciencias sociales, se habló de un Pedeciso, que

nunca llegó a consolidarse, como también se habló de un Pedeaagro para agronomía.

En el libro hay una foto de 1986 en la que se ve, en un clima distendido, a Enrique Iglesias, presidente del BID, al rector Lichtensztejn, a Massera y al embajador de Cuba. ¿Esa época posdictadura también puede haber influido en que se pensara algo tan ambicioso como una Facultad de Ciencias?

Sí, sin duda. El objetivo de integrar esa foto era mostrar cómo estas personalidades interactuaban permanentemente. Estas alianzas, estas negociaciones para que se concretara una política pública, eran fundamentales. Confieso que abordé el período cronológico hasta 1990 y no seguí más adelante porque el concurso de la Anciu apuntaba al período 1985-1990. Por ejemplo, yo había hablado con una persona que había trabajado con Iglesias para que me diera más datos sobre la gestión del préstamo y otros aspectos, pero con la indicación del tribunal de que teníamos que remitirnos a ese período, el libro llega hasta 1990, que en realidad es cuando en los papeles se crea la Facultad de Ciencias.

Ese corte temporal también afecta otros asuntos que podía haber abordado el libro.

Así es. Por ejemplo me han preguntado por qué no hice una evaluación de cómo funcionó la facultad, de sus aciertos y desaciertos. Pero esa es otra investigación, y ciertamente está por fuera de los límites del concurso que había planteado la Anciu.

Sin embargo, hay algo en lo que fallaste con mucho éxito dentro de esos límites temporales del concurso que respetaste. Si bien el libro trata sobre cómo se llevó adelante la Facultad de

Ciencias, es imposible no leerlo comparando lo que pasó en ese período con lo que sucede hoy.

Como dice Ehrlich en el prólogo, esto es el inicio “de lo que se espera sea una colección de libros de referencia para la ciencia nacional”. El objetivo es hacer una colección que aborde la problemática científico-tecnológica de Uruguay. Ahora, con la pandemia, se habla mucho más de la ciencia, pero es un tema que en general la sociedad uruguaya no conoce mucho. Me alegra que veas que pasado y futuro están tratados en el libro.

Si bien la concreción de la Facultad de Ciencias es consecuencia de un trabajo colectivo, otra sensación que deja el libro es la tarea titánica de Wschebor.

Sí, fue una labor titánica. Quiero rescatar, de todas formas, lo que sucedió con las jornadas de discusión de la Universidad que se llevaron a cabo en la colonia de vacaciones de Solís. Allí hubo mucha gente, mucha más de la que nombro en el libro. La Universidad se estaba pensando, y el rector Lichtensztejn se puso el tema al hombro. Wschebor, que era su asistente académico, hizo un gran trabajo, pero sin el apoyo del rector ese gran trabajo no hubiera sido viabilizado. El volumen de archivos que generaron las distintas comisiones da cuenta del trabajo increíble que realizaron, y especialmente del trabajo de Wschebor. En un momento del libro cito un discurso que dio cuando se inauguró el edificio en Malvín Norte, y en la claridad de los conceptos sobre distintos temas, sobre la ética del investigador, sobre el compromiso hacia los investigadores jóvenes, se nota que era una persona que tenía una gran claridad sobre los temas medulares, a la que se sumaba una capacidad de trabajo y un compromiso increíbles. ■